



Imposiciones en el mundo rural y su cultura de la tierra.

Aproximaciones y reflexiones en torno a la “cultura rural” (V)

En los artículos anteriores sobre el mundo rural hemos trazado unas líneas de reflexión sobre aspectos antropológicos, culturales y arquitectónicos, para intentar dibujar los contornos de la cultura rural. Hemos podido diferenciar rasgos específicos que dan a la cultura rural una cualidad axiológica que la diferencia claramente del mundo urbano con el que mantiene unas relaciones de conflictividad tanto en sus cosmovisiones como en sus relaciones históricas. En este artículo vamos a repasar un aspecto muy poco conocido por la sociedad actual y que puede explicar tanto la resistencia del mundo rural a todo tipo de reformas que las administraciones y los grupos de opinión urbanos intentan imponerles, como el proceso de erosión de la identidad de su cultura y la pérdida de sus valores. Estamos hablando de la historia, ya larga, de la pérdida de su soberanía territorial y, con ella, de la pérdida del corazón espiritual que articula, cohesiona y da nutrientes perceptivos a su modo de vida.

Los usos y costumbres derivados de la relación que se mantiene con la tierra confiere expresión y sentido a la cultura rural. Pero esto no es exclusivo; el mismo fenómeno se encuentra en cualquier comunidad que tenga un fuerte vínculo con la naturaleza. Así, los aborígenes australianos no entendían que el hombre blanco clavase estacas en la tierra, de la misma manera que un piel roja contemplaba con desolación una explotación minera. La relación que se mantiene con el campo marca los ritmos, los pactos y las relaciones vecinales de las personas rurales. Algo de los pueblos nómadas se ha transmitido al mundo rural, especialmente su visión colectivista del territorio y la importancia de la palabra y el compromiso honorable. La tierra no solo da alimentos y produce bienes, sino que además envuelve a sus habitantes en un manto de significados propios que vitaliza su cultura. Por eso, toda novedad y reforma en este pacto del hombre con su territorio tiene consecuencias trágicas y definitivas. Así lo hemos visto en los pueblos indígenas, lo presenciamos en los conflictos actuales por la tierra en la Amazonía y lo podemos verificar en tiempo real en los pocos pueblos donde todavía queda algún rescoldo de cultura viva. (Saliéndonos totalmente del tema, creemos oportuno hacer mención al noble pueblo gitano, también acosado culturalmente al verse privado de su relación particular con el espacio.) Con esta visión entramos en la era del cosmos como mecanismo, donde todo misterio se transforma en cálculo y todo artefacto es generador de conocimiento. Esta concepción facilita al hombre su capacidad interventora y le da un prestigio de creador prometeico. Lo irónico de las categorías cartesianas en el mundo actual es que por abolir la noción de artificial –todo es natural– se ha abolido también la noción de irreal –todo es real o relativo– y con ello cierta posibilidad de contención y de discriminación.

Nuestros pueblos, como los pueblos mencionados, son víctima del impuso de novedad tan propio del experimentalismo del hombre moderno y de sus necesidades de mantener el gigantismo de sus estados, ciudades y conquistas territoriales. Los pueblos de España



podieron vivir su época de mayor prosperidad cultural y social –y sabemos que esta afirmación va a asombrar, por decir lo mínimo, a muchos lectores– en la Edad Media. En esa época apenas existían las ciudades y los Estados estaban fragmentados, sin la cohesión y los apetitos dinerarios y territoriales de las naciones posteriores. Los municipios se regían por concejo abierto, cada hogar tenía un voto para la toma de decisiones y –por centrarnos en el tema de este artículo– la tierra era comunal, se gestionaba de común acuerdo, se prohibían los cercados, el uso individualista y se fomentaba la ayuda mutua en casos de necesidad. La palabra dehesa viene del castellano antiguo, y su significado originario era espacio defendido o de defensa. Este carácter de protección trataba de impedir la sobreexplotación, el abuso de talas indiscriminadas o individuales, gracias a que la propiedad era colectiva, y los excesos y privilegios que contaban antiguamente las cañadas reales sobre los mejores pastos. En la dehesa tenemos la herencia que nos ha dejado lo mejor de la cultura rural y un ejemplo de las ventajas de la obra colectiva y de la democracia real de los concejos abiertos municipales.

Esta situación cambiaría con la creación de imperios, el florecimiento de las ciudades, la creación de grandes ejércitos regulares, la recuperación del derecho romano en detrimento de la costumbre, y, en general, el acoso y menosprecio a las sociedades tradicionales en beneficio de la secularización.

En 1561, Felipe II, en una operación de financiación de sus armadas imperiales, vendió los terrenos baldíos que los ganaderos y campesinos usaban colectivamente. Después han seguido otras operaciones de desamortización como las leyes que privatizaron los comunales en 1770, 1813, 1855. Recordemos las ordenanzas de Montes de la Marina que en 1748 se quedó con los mejores bosques de España para la construcción de buques de guerra. Todas estas operaciones tenían como fin conseguir oro para los esfuerzos de guerra y apropiarse del trabajo de los campesinos para alimentar a un Estado cada vez más necesitado de recursos y a unas ciudades en constante crecimiento. Es en el siglo XVIII cuando el mundo rural sufrirá todo tipo de reformas y experimentos de mejora en la producción, de la mano de hombres influyentes como Jovellanos en España, D’Ormesson en Francia, Arthur Young o Jethro Tull en Inglaterra. Éstos son los padres de la denominada revolución agraria y de los modelos de explotación que se mantienen en la actualidad. En ese siglo se inician los trabajos para mecanizar el campo, promulgar leyes a favor de los cercamientos, los cruces de ganados para intensificar las explotaciones, el cambio de cosechas y métodos de trabajo con miras a la rentabilidad, etc.

Para que estas reformas se hiciesen posibles, había que arrebatar su derecho sobre la tierra a los campesinos, privarles de sus usos culturales y, con la promesa de liberarlos de sus servidumbres tradicionales, hacerles siervos de los nuevos amos: la tecnociencia y la economía. Naturalmente, esto se consiguió a fuerza de decretos, persuasión y represión. Podemos rastrear detrás de muchos de los levantamientos en armas, como nuestra guerra contra franceses y afrancesados en 1808 y las guerras carlistas, un telón de fondo de las reivindicaciones que pusieron en guerra a las gentes del campo contra las reformas liberales. Para nosotros, detrás de estos conflictos se escenifica un combate complejo y con múltiples ramificaciones, entre la tradición rural y las reformas del modernismo, con sus escuelas filosóficas, sus modelos de sociedad urbana y su concepción política del Estado-comercio. Dicho todo esto con la premura y,

posiblemente, con la crudeza narrativa a que la brevedad nos obliga.

Ahora bien, el mundo rural es persistente y la marginación cultural y social a la que ha sido sometido por las urbes, lo han ido blindando en gran medida hasta principios del siglo XX. Pero en este siglo suceden en España dos fenómenos que han conseguido en apenas cincuenta años lo que no había sucedido en siglos; la erradicación de la identidad rural y su capacidad de resistencia. El primer acto sería una doble operación emprendida en época de Franco: por un lado el abandono masivo de los pueblos –más de seis millones de personas– y, por otro, la puesta en práctica de la agroganadería intensiva, con sus usos tecnológicos y químicos y su mentalidad monetaria. No olvidemos la labor del ICONA, asolando los montes españoles, en una dudosa operación para transformarlos en fuente de recursos para la industria, con entusiastas promesas de riqueza para los vecinos. Los paisanos más memoriosos nos pueden recordar de todo aquello cuál ha sido la cosecha verdadera de tanto ingeniero entusiasta: incendios y un campo pobre en biodiversidad y belleza. El otro acto sería la política agraria europea, ya más recientemente, pero este tema merecerá más adelante un artículo específico, dada la complejidad del análisis, al ser un proceso que todavía está abierto y del que no es fácil sacar conclusiones.

En este boceto histórico que hemos trazado, vemos cómo la tierra ha sido arrebatada físicamente a las gentes rurales y cómo se les ha ido coaccionando para convertirlos en productores de excedentes para los Estados y sus ciudades. Hay que entender que la agricultura tiene un valor estratégico de primer orden cuando se quiere mantener una nación productiva y en guerra con otros territorios. El impero romano pervivió largo tiempo gracias a unas legiones bien entrenadas y armadas y a una red de campesinos que alimentaba ese despliegue. Por esta capacidad para dotar de recursos al poder del Estado, las labores campesinas y sus gentes nunca pudieron ser libres, salvo en la Edad Media, cuando no existían las ciudades Estado. Esto explica el sometimiento actual de la agroagricultura a la tiranía del mercado y su falta de libertad en la política de precios.

Decíamos al principio que con este repaso podemos comprender mejor el rechazo de las gentes de campo a toda novedad y a toda ingerencia. Habrá quien piense que estas reformas han sido no sólo necesarias sino buenas. A esto iremos respondiendo en otros artículos, porque estas reflexiones suelen denotar un pensamiento poco imaginativo sobre las posibilidades de la cultura humana y una filosofía incapaz de valorar los tesoros de aquellos que se relacionan con la tierra con proximidad y respeto. El mundo rural nos ha transmitido este otro saber, que ha quedado sepultado por los tiempos modernos. Ahora estamos en posición de valorar mejor su legado y comprender con más lucidez las políticas de nuestro mundo; tenemos las pruebas que dan los frutos cosechados. No nos engañemos: no hay salud en nuestro planeta, el exceso y el pernicioso entusiasmo de los que se ven sometidos a la hiperactividad, al reformismo y a la ambición nos han dejado una herencia problemática. En las gentes de campo, o mejor, en su memoria ya casi perdida, se encuentran claves y argumentos de importancia. Es posible que en los mismos pueblos, el recuerdo de la tradición se haya apagado, pero siempre podemos escuchar la voz de los mayores en sus dehesas; esa defensa contra la desmesura, un paisaje que nos recuerda que es posible una buena vecindad con la tierra.